

La ciudad y sus signos

Mario Margulis

La ciudad como texto

LA NOCIÓN DE “CULTURA” REMITE A SISTEMAS COMPARTIDOS de códigos de la significación que hacen posibles la comunicación, el reconocimiento y la interacción. Nos habla de mundos de signos, de sentidos, de sensibilidades, de formas de percepción y apreciación, históricamente constituidos y que contienen señales de los procesos sociales que han incidido en su gestación.

El lenguaje es el código simbólico por excelencia y el que mejor abarca la trama de lo social. Como construcción histórico-social de los hombres, refleja en su intimidad los modos en que cada cultura va organizando sus percepciones, sus afectos, su relación con el entorno natural y social.

La ciudad, como construcción humana, también da cuenta de la cultura. Como construcción social e histórica, va expresando los múltiples aspectos de la vida social y transmitiendo sus significaciones. No es un sistema de signos tan estudiado y manejable como el lenguaje, pero igualmente puede ser considerada expresión de la cultura y texto descifrable.

Nuestro punto de partida es, consecuentemente, que desde la perspectiva de la sociología de la cultura, es decir, desde el ámbito de los sistemas significativos, desde el interés por los códigos que hacen posible la comunicación, la interacción, el reconocimiento y la identidad, podemos leer la ciudad como si fuera un texto. Para Roland Barthes “la ciudad es un discurso, y este discurso es verdaderamente un lenguaje: la ciudad habla a sus habitantes”.¹ La ciudad no sólo funciona, también comunica² y desde este

¹ Roland Barthes, *La aventura semiológica*, Barcelona, Paidós Comunicación, 1990, p. 260.

² “...disfrutamos de la arquitectura como acto de comunicación, sin excluir su funciona-

ángulo podemos leer e interpretar en ella las numerosas huellas que va dejando la acción prolongada de sus habitantes, las construcciones de sentido que va imprimiendo la dinámica social, que se manifiestan como *una escritura colectiva* que es descifrable en sus edificaciones, en sus calles, en la circulación, en los comportamientos. La metáfora “escritura colectiva”, empleada en numerosos casos por la literatura al referirse a la ciudad, indica que ésta puede ser descifrada como si fuera un texto, que contiene en sus estructuras de significación las huellas de los procesos históricos —con su conflictividad y sus disputas— que han dado lugar a su construcción, incluyendo las estrategias urbanísticas, las elecciones estéticas y las decisiones políticas.

La ciudad es comparable a la *lengua*,³ construida por múltiples hablantes en un proceso histórico que da cuenta de interacciones y de luchas por la construcción social del sentido. La ciudad, al igual que la lengua, refleja la cultura: un mundo de significaciones compartidas. El *habla* puede homologarse, en el caso de la ciudad, con las prácticas, los comportamientos, las acciones, los itinerarios, las transformaciones que van construyendo la ciudad, los usos que sus habitantes hacen de ella. En este caso, el “habla” que va constituyendo la ciudad no se reduce a las acciones e interacciones comunicativas de sus habitantes, la presencia del poder —que también influye en la lengua— es, en la construcción de la ciudad, mucho más fuerte. El poder en sus diferentes formas de manifestación —el poder estatal o el poder concentrado en lo

lidad”. Umberto Eco, *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*, Barcelona, Lumen, 1972, p. 325.

³ La oposición *lengua/habla* es incorporada a la Lingüística por Ferdinand de Saussure, y su empleo es central en las corrientes de la semiología y de análisis del texto (principalmente la Escuela Francesa). *Lengua* apunta al aspecto social del lenguaje, al conjunto de palabras y reglas para su uso, a la acumulación histórica, “el tesoro acumulado por las prácticas del habla”. El *habla* refiere a la acción, al uso de la lengua, a las prácticas de los sujetos que emplean, en la medida de sus posibilidades y de su capital cultural, la lengua. Para algunos autores —Barthes, Verón, Martinet—, *lengua/habla* constituye una oposición análoga a *código/mensaje* y a *estructura/acción*. La lengua es virtual, nadie la posee en su totalidad ni está materializada en ninguna parte. El habla es material y la significación plena de esta oposición emana del lazo dialéctico que une a ambos términos. (Véase Barthes, *op. cit.*, pp. 21-36; Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1994, pp. 143-149). Por otra parte, Pierre Bourdieu destaca la necesidad de instalar, en el interior de esta temática, el peso de las condiciones económicas y sociales que inciden en la capacidad —mayor o menor— de los hablantes para usar adecuadamente la lengua y los aspectos vinculados al poder y la dominación, que inciden en su constitución como *lengua legítima*. (Véase Pierre Bourdieu, *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Ediciones AKAL, 1985, cap. I)

e conómico o financiero— influye decisivamente en la disposición y desarrollo de la ciudad. Por ejemplo: la inicial disposición en damero, expresión de una manera de entender la racionalidad y el orden, concebido como una geometría; o también la apertura de avenidas o diagonales, el tendido de vías de tranvía o de tren; decisiones gubernamentales constituyentes de la ciudad, vinculadas a complejas tramas del dinero y del poder. En los espacios articulados por tales decisiones se suma de inmediato el bordado que les imprime la vida, la trama de las acciones cotidianas de sus habitantes, las huellas de las interacciones y prácticas. Por ejemplo las decisiones que inciden decisivamente en la trama, funcionamiento y paisaje urbano. Es una experiencia histórica que el tendido de líneas de tranvía, la construcción del subterráneo,⁴ las autopistas urbanas o los permisos de excepción en las reglas de construcción en altura —que afectan la interacción e inciden en el valor de las propiedades—, alteran la dinámica del barrio, la luz y el sol en la vivienda, el tránsito en la calle, y la paz y el silencio en el entorno.

La construcción de las significaciones —las palabras y sus significados— se van desarrollando en el ámbito de la lengua como expresión histórica de la vida social y también de las luchas y contiendas referidas al poder y la hegemonía, que no pueden dejar de reflejarse en los instrumentos para conocer y se manifiestan en el plano de la construcción social del sentido. Paralelamente, la ciudad también expresa en sus propios sistemas de signos, en sus articulaciones espaciales, en sus usos, formas y estéticas, el impacto de las fuerzas sociales que en ella intervienen y de sus pujas y contradicciones. A través de la modulación del espacio urbano la ciudad va expresando —en forma material y simbólica— la desigualdad social, la diversidad de los grupos sociales que la habitan y las diferencias y conflictividad que los envuelven. En la ciudad se pueden reconocer las tendencias sociales dominantes en cada momento histórico, y la ciudad de hoy da cuenta, en su evolución, de los cambios tecnológicos recientes y del peso abrumador de las fuerzas del mercado.

Pero, más allá de las analogías, hay diferencias de todo tipo entre el discurso de la ciudad —considerada como texto— y otros discursos referidos a la vida social. La ciudad es también expresión de los procesos sociales que la constituyen, pero su discurso se articula de manera diferente al del lenguaje, dado que emplea otros recursos semánticos, retóricos y lógicos; da cuenta de otros sistemas de significado, de otras esferas y matices de las prácticas sociales. El discurso de la ciudad tiene sus particulares *juegos de lenguaje* que difieren en su lógica y alcance de los que se manifiestan en el

⁴ Designación en Buenos Aires de un sistema de transportes similar al Metro.

nivel lingüístico, y dentro de éste, en sus distintos planos temáticos.⁵ Podría parecer osado apelar en esta presentación de los aspectos significativos de la ciudad a la teoría de Wittgenstein sobre los “juegos de lenguaje”; sin embargo, este filósofo también compara la ciudad con el lenguaje y afirma: “nuestro lenguaje puede verse como una vieja ciudad: una maraña de callejas y plazas, de viejas y nuevas casas, y de casas con anexos de diversos periodos; y esto rodeado de un conjunto de barrios nuevos con calles rectas y regulares y con casas uniformes”.⁶

Hay una larga tradición, sobre todo literaria, que incluye de manera más o menos explícita la consideración de la ciudad como texto. Uno de los primeros fue Victor Hugo, que homologaba a la ciudad con un libro; Walter Benjamin comparaba a París con una gigantesca biblioteca atravesada por el Sena; Borges, perceptivo y sensible respecto de Buenos Aires dijo alguna vez: “la ciudad está en mí como un poema que aún no he podido contener en palabras”. Con esa frase, Borges nos dice que ha incorporado en forma sensible e inteligible a la ciudad, que la ciudad ha sido recibida, que está en él, apreciada, sentida, hasta cierto punto descifrada. Pero se trata de un poema inconcluso, aún no ha encontrado las palabras, falta el lenguaje para transmitir, para emitir el mensaje, para completar su proceso de interpretación de la ciudad y poder conversar con nosotros, instaurar el diálogo sobre la ciudad que tenemos en común. Este poema interno, aún no expresado, señala un proceso hermenéutico incompleto. Borges siente dentro de sí a la ciudad como un poema de enorme complejidad, riqueza y extensión, cuyo orden oculto, cuyas claves secretas intenta, a lo largo de su obra, expresar en palabras. Sólo que no a la manera del detestado primo de Beatriz Viterbo, poseedor del Aleph,⁷ al que malversa utilizándolo —de modo trivial— para ofrecer

⁵ “Desde este punto de vista, el lenguaje —como parte de una forma de vida— puede ser concebido como un repertorio de juegos, cada uno con sus reglas propias, en que intervienen palabras y acciones. Así la ciencia, la religión, la política, la vida cotidiana, etc., se articulan y se comunican por medio de múltiples *juegos de lenguaje*, cuyas características y texturas lógicas son peculiares de cada esfera.” José Nun, *La rebelión del coro. Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1989, p. 20. Para ampliar la noción de “juegos de lenguaje”, véase Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, México/Barcelona, UNAM/Crítica, 1988.

⁶ Wittgenstein, *op. cit.*, apartado 18, p. 31. Es apropiado aclarar que he encontrado esta referencia en el excelente artículo de José Nun, “Elementos para una teoría de la democracia: Gramsci y el sentido común”, p. 84, incluido en Nun, *op. cit.*, pp. 67-100.

⁷ En su cuento “El Aleph” Borges se burla de uno de sus protagonistas, Carlos Argentino Daneri, en cuya casa, más precisamente en un ángulo del sótano, había un Aleph, o sea “el lugar donde están sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos”. Daneri utilizaba las maravillosas posibilidades que el Aleph le brindaba para redactar un inter-

una transcripción literal, fotográfica y por lo tanto falsa y banal del mundo que atisba. Lo que Borges busca es expresar la ciudad única y múltiple, sentida, percibida e interpretada, la ciudad oculta y verdadera, buscando las palabras justas e irremplazables que le permitan compartirla.

Imaginarios de la ciudad diversa

El espacio, las calles, los edificios y el paisaje urbano son significantes. Caminar por la ciudad lleva consigo la posibilidad de recibir e interpretar múltiples mensajes que hablan a sus habitantes, emiten señales e intervienen en los comportamientos. El habitante que tiene *competencia cultural* para comprender su ciudad puede interpretar, en diversas dimensiones, las señales que ésta contiene y descifrar, en la marea semiológica contenida en el espacio urbano, signos sensibles, estímulos, señales de identidad, prescripciones o prohibiciones que orientan sus prácticas. La competencia del nativo indica que su uso de la ciudad es una práctica cultural que permite el interjuego, la comunicación no explícita entre los habitantes, la posibilidad de elección entre múltiples trayectorias y, aún más, una precaria armonía en las transgresiones y formas de operar, de modo que el cúmulo de agresiones (provenientes del ambiente, de los vehículos, del ruido o de los vecinos) no llegue a hacer estallar el funcionamiento habitual ni interrumpa el fluir de la ciudad. El nativo posee saberes que le permiten emprender trayectorias complejas, la convivencia con diversas tribus en el espacio urbano.

La competencia ciudadana indica la capacidad de actuar con eficacia, abrirse camino en el laberinto de signos que la ciudad emite. Es preciso poder descifrar esos signos, hacer una labor de recepción, de lectura y comprensión que permita orientar las acciones. Una *performance* eficaz obliga a un desciframiento automático de sus múltiples señales, y ello implica poseer, tal vez sin tomar conciencia de ello, un tesoro de saberes.

“Los significados pasan, los significantes quedan”, afirma Roland Barthes,⁸ y esta frase podría aludir, en el caso de la ciudad, a la permanencia de los objetos (calles, edificios, monumentos) y al cambio en su significación. Los estudios sobre el lenguaje revelan que las palabras superponen,

minable poema con el cual “pretendía versificar toda la redondez del planeta; en 1941 ya había despachado unas hectáreas del estado de Queensland, más un kilómetro del curso del Ob, un gasómetro del norte de Veracruz, las principales casas de comercio de la parroquia de la Concepción... etc. etc.”, Jorge Luis Borges, *El Aleph*, Buenos Aires, Losada, 1952, pp. 138-155.

⁸ Barthes, *op. cit.*, p. 262.

con el paso del tiempo, nuevos modos de significación. Su uso en otros contextos va imponiendo sentidos renovados a un viejo significante, que no obstante conserva en su intimidad restos de sus antiguos usos: diversas capas de significado ocultas en el espesor de la palabra. En el caso de las ciudades, pueden hallarse situaciones análogas: configuraciones urbanas que han persistido —que han sobrevivido al paso del tiempo y conservado sus rasgos materiales— van adquiriendo, sin embargo, una nueva significación. Partes de la ciudad son decodificadas de modo diferente por las varias generaciones, que les otorgan distinto uso o bien las perciben y vivencian de manera nueva, porque cada nueva generación se socializa con nuevas pautas de percepción y apreciación. Los significantes urbanos son percibidos, usados y apreciados de modos diferentes por los variados grupos que en ella habitan; cada grupo les otorga significaciones no coincidentes y a veces muy distintas, que varían en función de sus códigos culturales de clase, de etnia o de generación. Así, los integrantes de diferentes grupos que habitan la ciudad están relacionados entre sí por variables generacionales, étnicas o tribales y comparten códigos culturales, entre ellos modos de percibir y de apreciar. La misma ciudad, sus calles, casas o paisajes, son percibidos y descodificados de modo disímil: podría afirmarse que cada uno de esos grupos imagina y vivencia una ciudad distinta. Habría entonces, en cierto modo, ciudades paralelas y simultáneas, pero diferentes si se las distingue desde la intimidad de las vivencias de los diversos grupos de habitantes.⁹ Cada una de las subculturas que conviven en la ciudad posee sus propios dispositivos epistémicos que operan sobre su modo de percibir la ciudad. A veces personas de distintas generaciones o sectores sociales comparten el mismo tiempo y espacio, y transitan por una ciudad que se vuelve subjetivamente múltiple: modos de la realidad que se superponen sin tocarse, en mundos de vida que responden a historias, ritmos, memorias y futuros diferentes.

La ciudad cambia por las acciones que en ella se desarrollan y por la articulación material y simbólica de su tiempo y espacio. La ciudad es distinta entre el día y la noche. La ciudad nocturna es escenario de otros actores, escenarios, movimientos y vivencias. Es el tiempo de los jóvenes, que usan la nocturnidad como ámbito de mayor libertad para la fiesta y la diversión.¹⁰ También el tiempo de los trabajadores nocturnos y de escenas menos atractivas en guardias de hospitales, comisarías y velatorios.

⁹ "Las ciudades, como los sueños, están construidas de deseos y temores, aunque el hilo de su discurrir sea secreto, sus normas absurdas, sus perspectivas engañosas, y cada cosa esconda otra." Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, Barcelona, Minotauro, 1990, p. 58.

¹⁰ Cfr. Mario Margulis et al., *La cultura de la noche: la vida nocturna de los jóvenes de Buenos Aires*, Buenos Aires, Biblos, 1997.

El habitante de la ciudad vivencia algunos espacios urbanos de modo diferencial. Hay territorios más cargados de afectividad, recuerdo y memoria. Partes de la ciudad más ligadas con su uso cotidiano y con recuerdos del pasado: el barrio, las calles que se recorren todos los días, o bien otras zonas de la ciudad, menos inmediatas y más indiferentes. Culturas y subculturas se manifiestan en las prácticas, que son su forma activa de expresión en la vida cotidiana.

La ciudad es también, y sobre todo, sus habitantes. La ciudad expresa la cultura compartida por quienes la habitan. No es sólo objetos: edificios, calles, arquitectura; más allá de que éstos van dando cuenta de las características culturales de quienes los habitan, es también el movimiento, los lenguajes, los comportamientos, las vivencias y modos de vivir de sus habitantes. La ciudad se manifiesta, también, en el ritmo que le imprimen los ciudadanos, en sus itinerarios y en los usos de la ciudad. La ciudad se manifiesta, asimismo, en el paisaje humano, en cómo se camina —ritmos, cadencias— en cómo se habla, en los idiomas, acentos y dialectos.

La ciudad es inteligible para sus habitantes, que poseen los códigos que les permiten descifrar y apreciar. Esta inteligibilidad varía según el vínculo que el ciudadano tenga con cada lugar de la ciudad, con la historia y memoria que lo relaciona en forma intelectual y afectiva —desde la emotividad hasta la indiferencia— con cada sitio, calle o barrio. En los *habitus*¹¹ incorporados que refieren a la ciudad, en los usos que se hace de ella, en los códigos y en las prácticas influye la historia personal, familiar y barrial, el sitio ocupado en la ciudad y la diferente carga afectiva y cognitiva relacionada con los diferentes lugares. Desde el punto de vista subjetivo, varía el grado de comunicación, de intimidad, la significatividad de cada espacio urbano; de allí la sensibilidad hacia las modificaciones. Todo cambio, toda demolición suelen ser vividos como agresión. El nuevo rascacielos que altera el cielo familiar, la irrupción en la calle de la infancia de nuevos comercios o edificios que alteran el paisaje preservado en la memoria, la apertura en el barrio de una avenida o una vía rápida, se experimentan como un ataque frente al que no hay derecho a la defensa. ¿Existe un derecho al paisaje urba-

¹¹ Para Bourdieu, *habitus* se refiere a un sistema de disposiciones para la práctica, para la acción. Incluye formas de percepción y esquemas para apreciar e interpretar. *Habitus* sugiere una lógica práctica que define la relación ordinaria con el mundo. (Véase Pierre Bourdieu, *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 1987, pp. 84 y siguientes). También “se podría considerar el *habitus de clase* (o grupo), es decir el *habitus* individual en la medida que refleja o expresa el de clase (o grupo) como un sistema subjetivo pero no individual de estructuras interiorizadas, principios comunes de percepción, concepción y acción...”. Bourdieu, *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991, p. 104.

no familiar, a la memoria? ¿Es posible oponer obstáculos a la expropiación del capital simbólico del barrio? En nombre del progreso, con el amparo de la legalidad, el pasado contenido en edificios y vivencias sucumbe irreversiblemente. Todo habitante construye marcas simbólicas que definen su espacio personal, que sustraen una parte de la ciudad del anonimato, que la vuelven propia y familiar. Este proceso consiste en la transformación del territorio en *lugar*, que ocurre en el plano de la subjetividad con la depositación de identidad y de afecto sobre algunos espacios urbanos.¹²

Pero la expropiación de la memoria, el avance irremediable de nuevos paisajes urbanos, de nuevas funciones, flujos y ritmos, no atañe solamente al habitante individual; la ciudad resultante de esas transformaciones particulares es asunto público, concierne a los ciudadanos y a su identidad, porque la ciudad es antes que los edificios y perfiles arquitectónicos —que tienden a igualarse a lo largo del planeta— la depositación de símbolos y de sentidos, de usos y de formas culturales que son creación histórica de sus habitantes. En ese sentido Armando Silva sostiene: “la ciudad aparece como una densa red simbólica en permanente construcción y expansión”.¹³

La ciudad es también construcción de imaginarios, cristalización de *fetiches* que emanan del sistema mercantil. Las representaciones colectivas están influidas por los sesgos ideológicos que operan sobre la construcción social del sentido e inciden en la significación de toda clase de objetos.

La labor de buscar y descifrar las señales impuestas por un sistema social en el que impera el fetichismo de la mercancía, imponiendo su influencia alucinatoria a la ciudad y sus contenidos (calles, casas, objetos, espejos), parece haber sido uno de los ejes centrales de la vasta labor realizada durante más de una década por Walter Benjamin (1892-1940) en la ciudad de París. Dedicado a interpretar esta ciudad, y sobre todo sus famosos “pasajes”, en los que toda clase de comercios ofrecían sus variados productos, Benjamin

¹² Según Augé “El lugar antropológico, es al mismo tiempo principio de sentido para aquellos que lo habitan y principio de inteligibilidad para aquel que lo observa”. Marc Augé, *Los “no lugares”, espacios de anonimato*, Barcelona, Gedisa, 1993, p. 58. Para complementar, conviene agregar la siguiente cita del mismo autor y texto: “Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad, ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar”, p. 83.

¹³ Armando Silva, *Imaginarios urbanos. Bogotá y São Paulo: Cultura y comunicación urbana en América Latina*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1994, p. 23. Y este autor agrega: “Lo que hace diferente a una ciudad de otra no es tanto su capacidad arquitectónica, lo cual ha quedado rezagado luego de un urbanismo unificador en avanzada crisis, cuanto más bien los símbolos que sobre ella construyen sus propios moradores. Y el símbolo cambia como cambian las fantasías que una colectividad despliega para hacer suya la urbanización de una ciudad”, p. 23.

deambula por París y trabaja en su desciframiento. Sigue la tradición europea del *flâneur*¹⁴ y el poético e incitante testimonio de su labor se halla, sobre todo, en su gigantesca obra inconclusa, *Passagen-Werk* (editorial Suhrkamp, 1073 páginas).

Esta obra, ahora en proceso de edición en inglés por Harvard Press, a partir de manuscritos inconclusos elaborados por Benjamin durante su prolongada estadía en París, fue milagrosamente preservada de la guerra y la invasión nazi por Georges Bataille, entonces empleado en la Biblioteca Nacional a la que Benjamin concurría asiduamente.

El trabajo de Benjamin sobre los pasajes era pertinente, sobre todo, para la primera mitad del siglo XIX en que buena parte de la ciudad de París estaba constituida por barrios aislados, con callejuelas enmarañadas y reminiscencias de su pasado medieval.¹⁵ Los pasajes eran amplios corredores practicados entre bloques de edificios y comunicaban entre sí calles paralelas. De esta manera superaron el aislamiento de muchos sectores urbanos y los pusieron en contacto entre sí para el tránsito peatonal. En los pasajes floreció el comercio: toda clase de mercancías se concentraban en los lujosos *magasins de nouveautés*. Acortaban las distancias y constituyeron el ámbito perfecto para el *flâneur* de París.

¹⁴ Se refiere al individuo que pasea o vagabundea por la ciudad, con espíritu abierto y perceptivo. Walter Benjamin utiliza la figura del *flâneur*, y tal vez lo sea él mismo al recorrer París, ciudad que busca captar y descifrar. También Baudelaire, estudiado por Benjamin, describía e interpretaba en una serie de crónicas (folletines publicados en periódicos de su época) la transformación que experimentó París en la época del Barón Haussmann. (Véase Marshall Berman, *Todo lo que es sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, 1989; Charles Baudelaire, *El Spleen de París*, Barcelona/México, Fontamara, 1989; Walter Benjamin, *Poesía y capitalismo. Iluminaciones 2*, Madrid, Taurus, 1972. También: Anahí Ballent, Adrian Gorelik, Graciela Silvestri, "Las metrópolis de Benjamin", *Punto de Vista*, núm. 45, abril de 1993, pp. 19-27. Estos autores, sugieren la oposición entre dos tipos urbanos: el *blasé* y el *flâneur*. El *blasé* es el hombre masa (p. 23). Y agregan: "sólo un intelectual puede ser *flâneur* de la ciudad del siglo XX", p. 24.

¹⁵ El *flâneur* del siglo XIX habitaba en ciudades en que se circulaba a muy poca velocidad si comparamos con la ciudad actual. La frase "Napoleón anda tan despacio como Julio César" (Braudel) sirve también para evocar los ritmos que imperaban en las ciudades del siglo XIX, en las que los medios de transporte urbanos, individuales y colectivos, se sustentaban en la tracción a sangre. Los ferrocarriles, desde los inicios del siglo XIX, revoluciona los traslados entre ciudades, pero la circulación interna en la ciudad sigue dependiendo del caballo, que determinaba los límites de velocidad. La mayor valoración del tiempo, característica de la modernidad, se expresa en la ciudad de París, en el siglo XIX, en un incremento extraordinario en el número de caballos utilizados por sus habitantes, superando en 1890 el millón "el número de monturas individuales, sin contar los vehículos de cuatro y dos ruedas". (Véase Renato Ortiz, *Modernidad y espacio. Benjamin en París*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2000.)

Pero París vive a partir de 1850 —durante el periodo de Napoleón III y por más de una década— una gigantesca transformación, cuya figura emblemática fue el Barón Haussmann, prefecto de la ciudad. París experimenta tremendos cambios, que son relatados —entre otros— por Baudelaire, en los famosos *feuilletons* que publicaba en los periódicos de su tiempo.¹⁶ Después de avanzar un tiempo por el sendero de los *pasajes*, Benjamin cambia el título de su proyecto de investigación, que pasa a llamarse *París: capital del siglo XIX* y se interna en el profundo cambio cultural que Francia experimenta y que la ciudad expresa en la segunda mitad del siglo. Esta etapa comienza a ser menos propicia para el *flâneur*. Aparece en escena la multitud, se vislumbra al hombre masa del próximo siglo. Los pasajes pierden importancia ante la apertura de amplias avenidas, los *magasins de nouveautés* ceden su espacio ante la emergencia del *Grand Magasin*, la gran tienda departamental, verdadera galaxia que reúne y expone infinidad de nuevas y variadas mercancías.

París es en buena parte demolida y vuelta a construir. Se construyen los grandes boulevares, con amplias aceras y magníficas construcciones, incorporando las técnicas que la época brindaba para la iluminación, la sanidad y el transporte. En ese proceso también cambian las significaciones que la ciudad emite. Los nuevos y espléndidos edificios, los amplios espacios, el brillo de los negocios y cafés significan también un ataque al espacio particular de los antiguos residentes: atentan contra la memoria y el paisaje familiar, las costumbres y hábitos barriales.¹⁷ La transformación de París a mediados del siglo XIX, significó la demolición de muchas viviendas de sectores humildes y una mayor exposición y comunicación en barrios hasta entonces relativamente aislados. Con ello se produjo también un cambio en las costumbres barriales y una mayor exposición a los impactos de la modernidad. La memoria urbana es reescrita en la nueva ciudad emergente, pero esta vez desde las formas hegemónicas. La burguesía triunfante, pletórica de modernidad,

¹⁶ Algunos de los relatos de Baudelaire, relativos a las transformaciones de París y su impacto sobre la cultura están recopilados en el libro *El Spleen de París*. En esta obra se encuentra un relato referido a un poeta, que en el nuevo tráfico urbano, aturdido por el bullicio de los carruajes que galopan por los recientemente abiertos boulevares, pierde su aura. Este relato puede ser considerado un antecedente del famoso ensayo de Benjamin "La obra de arte en la era de la reproducción técnica".

¹⁷ La obra de Haussmann, que sirvió de modelo a los proyectos urbanos de las clases dominantes en muchas ciudades, ejerciendo su influencia también en Buenos Aires y en México D. E., puede ser interpretada no sólo como la expresión monumental de los sentimientos de logro de la burguesía triunfante, sino también como un ataque a la memoria de las clases populares, materializada en la ciudad que habitan, la cual luego es reescrita en términos hegemónicos.

llena de confianza en el futuro y orgullosa de sus realizaciones reescribe la ciudad con el lenguaje de los vencedores: construye en la ciudad de París el monumento a sus logros, celebra su riqueza y el advenimiento inevitable de un porvenir sin obstáculos.

Benjamin¹⁸ señala que las consideraciones estéticas no monopolizaban el proceso haussmanniano de transformación urbana. En el diseño de la ciudad transformada estaban claramente presentes, también, aspectos estratégicos vinculados con la reproducción del poder. Con la frase “embellecimiento estratégico” Benjamin alude a la preocupación de Haussmann y sus planificadores por temas que desbordaban la modernización y la estética, orientándose también hacia problemas militares relacionados con el control de la ciudad y su seguridad interna. Históricamente París había sido escenario de numerosas sublevaciones populares: el pueblo de París podía resistir a ejércitos de línea, y lo había demostrado en diferentes oportunidades.¹⁹ El recurso eran las barricadas, erigidas en las estrechas callejuelas; ante ellas habían sido ineficaces la caballería y la artillería.

La eficacia estratégica de las nuevas y amplias avenidas se pone a prueba muy pronto, con la Comuna de París. Cuando el ejército francés —merced a un acuerdo con el ejército prusiano triunfante— logra penetrar en París, las fuerzas populares son derrotadas y seguidamente reprimidas.

Son múltiples, entonces, las lecturas posibles. Se puede intentar la interpretación de la cultura a partir de la ciudad considerada como un texto infinito, un texto compuesto no sólo por la configuración de edificios vehículos y objetos, sino también por sus habitantes en movimiento, sus prácticas e itinerarios, sus acciones y la regulación de las mismas por códigos que no son visibles y evidentes. La ciudad presenta formas de articulación del espacio, de los movimientos, de los ritmos y velocidades, que le son peculiares, y sus habitantes se socializan en esas modalidades del tiempo y del espacio, apprehenden e incorporan estas modulaciones en lo que tienen de general y en lo propio de los espacios específicos, los barrios, las calles. La ciudad es un agente en el proceso de socialización, de incorporación de cultura, y cada individuo que nace y crece en ella se impregna, por canales sutiles, de los ritmos y cadencias, de los modos y modalidades, de los sistemas de reconocimiento y apreciación; aprende lenguajes y dialectos, gestos y signos que construyen la identidad del habitante y de cada miembro de las subculturas urbanas pertenecientes a los múltiples nichos culturales, sociales o espaciales que confluyen en la ciudad.

¹⁸ Benjamin, *op. cit.*

¹⁹ Por ejemplo la Guerra de la Fronda, la toma de la Bastilla, las rebeliones de 1848.

La ciudad desigual

La ciudad es también expresión de la diferenciación social: ésta puede ser leída y apreciada en sus calles y arquitectura, en la circulación e itinerarios de sus habitantes, en el cuerpo, ropa y gestualidad de los transeúntes, en el público de parques y jardines, en el alcance de los servicios que brinda, en el consumo ostentoso de algunos o en los índices de pobreza, carencia, enfermedad y privaciones.

La ciudad emite señales; diversos signos —de bienvenida o de rechazo, de invitación o de exclusión— influyen en los itinerarios urbanos de los distintos sectores sociales. Muchas zonas de la ciudad no son invitantes o más aún, son abiertamente hostiles para aquellos que no son considerados legítimos en ese entorno. La ciudad expresa las diferencias sociales y manifiesta todos los matices de la distinción. “Teodelina Villar cometió el solecismo de morir en Barrio Sur”, satiriza Borges, al contar en “El Zahir” el empobrecimiento de una figura de la aristocracia, cuyo itinerario descendente se expresa en la localización cada vez menos distinguida de las viviendas que habita, recalando en sucesivos barrios en una progresiva devaluación de *norte* a *sur*, hasta llegar a atravesar en su caída el límite simbólico de la Avenida Rivadavia.

La diferenciación social se expresa de múltiples maneras en el interior de las ciudades. Los modos de referencia para indicar localizaciones jerarquizadas de modo diferencial suelen ser variados: en algunos casos se utilizan los puntos cardinales y a veces *centro* y *periferia*. En Buenos Aires, el norte indicaba distinción, barrios en que se edificaban mejores edificios y habitaba gente con mayor poder adquisitivo. El sur, designaba la vieja ciudad, relegada a conventillos o zonas de pobreza. En la ciudad había un centro, al que confluían los transportes, y que concentraba las oficinas públicas y privadas y las salas de espectáculo. Los flujos urbanos tenían que ver, y aún conservan, esa contradicción *centro/periferia* que todavía es visible en el traslado cotidiano de empleados públicos o privados de los barrios al centro, o de trabajadores de la construcción desde la periferia suburbana a los empleos urbanos. Pero la ciudad es múltiple y está en proceso de transformación: se diversifica y cambia. El centro material y simbólico se desplaza continuamente: *shoppings* y restaurantes, nuevos focos de elegancia y distinción en el plano de la moda o el espectáculo, se alejan del antiguo centro. Distintos barrios o suburbios configuran sus propios centro y periferia. Las modas y la especulación contribuyen a desplazar los ejes de la distinción y del consumo y cambian la fisonomía de vastos sectores de la ciudad. La búsqueda de seguridad y las nuevas autopistas generan nuevos *nortes* residenciales, pero ahora situados en la antigua periferia, localidades suburbanas en que se edi-

fican barrios privados y *countries*. En ellos los pobladores se atrincheran, como en ciudadelas medievales, para eludir el auge de la conflictividad social, producto de una lógica socioeconómica que genera una capa con alto poder de consumo y segrega un enorme número de excluidos, que son vividos como “otro” peligroso.

La desigualdad social está contenida en múltiples signos de la textura urbana, más o menos visibles, pero que pueden pasar desapercibidos para los no iniciados. La ciudad se polariza entre, por una parte, un amplio sector con altos ingresos, cuyos miembros más jóvenes comienzan a abandonar los barrios residenciales, al calor de la amplia oferta de una *suburbia*²⁰ dispersa, que les ofrece jardines, policía privada, buenos colegios, homogeneidad social y cultural. El otro polo, mucho más numeroso, el de los sectores más pobres, está instalado mayoritariamente en los vastos espacios conurbanos, en una periferia geográfica que se ha ido alejando de los sectores centrales de la ciudad en los que se concentra el capital y, por consiguiente, las posibilidades de ocupación o ingreso. Entre estos polos se extienden numerosos barrios de clase media, en gran parte empobrecida, pero que logra conservar su ubicación en zonas que disponen de todos los servicios urbanos y están menos afectadas por la distancia respecto de los lugares de trabajo. Estos sectores urbanos comparten pautas culturales pero, en múltiples casos, no se ajustan del todo a esas grandes clasificaciones, ya que en cada localidad suburbana se reproducen centro y periferia, norte y sur, y en el interior del casco urbano se encuentran zonas degradadas y bolsones de pobreza.

Las diferencias sociales se reflejan en la vida ciudadana, en los usos y comportamientos de sus habitantes. La diferenciación social es portada en los cuerpos y las vestimentas, las costumbres y los hábitos de consumo. Son signos que revelan la pertenencia de clase, de nacionalidad y de cultura de los habitantes de la ciudad; estos signos los identifican: son registrados y descodificados en su tránsito por la ciudad. De allí que haya señales de bienvenida o de disuasión que son particularmente inteligibles para sus destinatarios, y ello regula sus itinerarios y sus consumos del espacio urbano. En todo esto incide la “racialización de las relaciones de clase”, que habla de antiguos procesos de discriminación y exclusión.²¹ Existe en la ciudad de Bue-

²⁰ *Suburbia* se suele usar, sobre todo en Estados Unidos, para referirse a las zonas residenciales situadas en las afueras de las ciudades. Además, parece tener una cierta connotación de clase, pues suele también remitir a sectores medios y altos.

²¹ Esta expresión “apunta a afianzar la siguiente hipótesis: que los fenómenos de discriminación, descalificación, estigma y exclusión que en nuestro país (y en América Latina) afectan a grandes sectores de su población —la más pobre, la que tiene menos oportunidades, la más marginada: la población de origen mestizo cuya distribución se acerca bastante al mapa

nos Aires una apreciación diferencial hacia distintos sectores, en función de su origen étnico y cultural, que viene relacionada, por lo general, con su nivel socioeconómico. Características de los cuerpos y de la cultura están asociadas con la distribución espacial de los habitantes en el territorio urbano.²² Las fronteras de la ciudad, algunas obvias, otras fronteras invisibles, son también muchas veces fronteras de clase y de rasgos corporales. A grandes rasgos podríamos decir que en los barrios de clases más acomodadas predomina la población con rasgos europeos, mientras que en la periferia, sobre todo en los sectores más pobres, en los cordones del conurbano (con excepción de los enclaves residenciales dentro de ellos) predominan habitantes con rasgos latinoamericanos, en cuyos cuerpos y cultura se advierte el mestizaje y la inmigración —más o menos reciente— desde las provincias del interior o desde países limítrofes. Los mapas de la ciudad, cuyas líneas son a veces sinuosas, son también mapas de clase y de origen étnico. Las estaciones de ferrocarril son lugares privilegiados para observar, sobre todo en las horas de entrada o salida del trabajo, estos traslados espaciales de habitantes del conurbano que son portadores de rasgos distintivos de su pertenencia a sectores étnicos y de clase.

A las fronteras notorias que separan los grandes espacios materiales y simbólicos del territorio urbano —el *norte* europeo y de clase media o alta, el *sur* (incluyendo el conurbano) más pobre o marginal y mestizo— se agregan fronteras internas, a veces sólo perceptibles para sus habitantes. A veces una calle o avenida opera como frontera simbólica entre la *villa* (miseria) y

de la pobreza— tienen su origen en el proceso histórico de constitución de las diferenciaciones sociales que se organiza, desde un inicio, sobre bases raciales. Este proceso persevera a lo largo de siglos y hoy se sigue manifestando de modo vergonzante en las clasificaciones sociales presentes en nuestra cultura”. Mario Margulis, “La racialización de las relaciones de clase”, en Mario Margulis, Marcelo Urresti *et al.*, *La segregación negada: Cultura y discriminación social*, Buenos Aires, Biblos, 1999, p. 38.

²² “La ciudad habla, expresa la trama social que la constituye y pone de manifiesto sus contradicciones. Es posible apreciar con facilidad los fenómenos discriminatorios que en ella anidan. El más notorio —y también el más silenciado— es la discriminación y descalificación hacia los habitantes de origen mestizo (estigmatizados con motes como “cabecitas”, “negros” o “bolitas”). La Capital Federal es mayoritariamente europea, pero diariamente cobija a millones de personas, cuyos rasgos y color de piel revelan su ascendencia mestiza, y que habitan sobre todo en vastas zonas del Gran Buenos Aires. En la Capital son más visibles en horas de trabajo o en las estaciones de ferrocarril o de ómnibus, que son zonas de intercambio. En muchos aspectos se aprecia la separación espacial que se suma a la diferenciación económica y social. Pese a que la población del área metropolitana incluye a millones de personas con rasgos étnicos diferentes, diversas zonas de la Capital Federal evocan, por el origen europeo de su población, a ciudades de Europa”. Margulis, *op. cit.*, p. 37.

el *barrio* (de clase media baja). Estas distinciones, importantes para sus habitantes, operan como señales de distinción y a veces inciden en la vida cotidiana. Por ejemplo, los habitantes de las villas (llamadas de emergencia), al habitar en viviendas irregulares, muchas veces en tierras tomadas, carecen de un domicilio que pueda expresarse de igual manera que para el común de los habitantes de la ciudad. El domicilio, una calle y un número, se transforma en valor simbólico, en factor de distinción y señal de identidad. Es penoso para un niño de estas poblaciones declarar en su colegio (muchas veces con mayoría de niños de clases medias) que vive en una villa, lo que se pone en evidencia con el déficit en las señas de identificación del lugar donde habita.

También el espacio se clasifica y jerarquiza —por razones de origen migratorio y nivel socioeconómico— en el interior de los sectores más pobres. Así, aun las villas tienen en su interior espacios nominados y clasificados en función de órdenes de jerarquía y distinción. Los sectores más antiguos, o de ciertas comunidades, se distinguen y entran en conflicto con los recién llegados, menos asentados, de peores viviendas, o pertenecientes a determinadas comunidades migratorias. En este sentido, las estrategias de exclusión y desprecio, que operan en las clasificaciones que estos sectores sufren y soportan, son también adoptadas por ellos mismos con respecto a “otros” que consideran inferiores, al asumir e internalizar los procesos de socialización y los mensajes dominantes.

La discriminación existente hacia los sectores no europeos de la población —los sectores mestizos provenientes en gran medida de las migraciones internas y de los países limítrofes— no está claramente explicitada ni admitida. Diversas denominaciones despectivas, que cambian según la época, son usadas en el lenguaje común para referirse a estos sectores: así el antiguo “cabecita”, es ahora reemplazado por “bolita”, “paragua” o simplemente “negro”. Pero no existe una palabra, que no incluya una connotación despectiva, para designar a este sector enorme de la población, el que lleva en el cuerpo las marcas del mestizaje y que ha sido sometido históricamente a formas de discriminación y de descalificación que se manifiestan, hoy, en su ubicación desventajosa en la distribución de la riqueza y las oportunidades. En este aspecto podríamos decir que la ciudad, como texto, es más explícita que el lenguaje. Mientras que la lengua no ha acuñado una palabra que designe y otorgue identidad a ese sector de la población, y ello no es seguramente ajeno a los procesos sociales e históricos, que los han relegado material y simbólicamente, ya que la construcción social del sentido está vinculada con las contradicciones y disputas en el plano de lo social, la ciudad señala con nitidez, en los mapas de su distribución espacial, a las zonas

carenciadas, los ámbitos de la pobreza, habitados mayoritariamente por la población a la que nos estamos refiriendo. En este sentido la ciudad, como reflejo de la cultura, es menos engañosa: carece de los recursos del lenguaje para eufemizar, disimular o negar, y no tiene el poder de ejercer la violencia simbólica que, en el caso del lenguaje, supone privar de la palabra identificadora, de su nombre, a un sector social. Darle nombre en el plano del lenguaje sería reconocer su existencia y con ello hacer posible su presencia en el plano de la política. “¿Cómo llamar entonces a esto *otro* para lo cual no tenemos nombre? Porque el nombre sería su aparición simbólica en escena. No es ingenio que no tenga nombre”.²³

La ciudad mediática

La ciudad se va tomando hostil, riesgosa, poco hospitalaria. En este aspecto, como en otros, la ciudad se diversifica: perduran espacios apacibles, vida de barrio, zonas transitables; pero en muchas calles y avenidas dominan los vehículos, la velocidad, la contaminación y el ruido junto con otras formas de violencia. En las zonas más densas y transitadas, en el centro, son frecuentes los obstáculos en las veredas, invadidas, privatizadas de hecho o de derecho, sucias, abandonadas, destruidas; pseudo-refugios para peatones invadiendo los espacios para caminar. Los vehículos para el transporte público —ante la desidia generalizada— parecen perseguir un ideal olímpico: más altos, más anchos, más largos, más veloces, más ruidosos, más contaminantes. Hay espacios hostiles en los que abunda el desorden y la amenaza, situaciones de desarreglo y hasta de caos, en vinculación con la pérdida de funcionalidad de los sistemas expertos, ante la indiferencia o la insuficiencia de la acción política. Tener competencia urbana supone para el habitante de la ciudad disponer también de los códigos necesarios para apreciar y actuar con pericia en tales condiciones, abrirse camino en la ciudad real. El peatón que cruza en las esquinas advierte rápidamente que su acatamiento estricto de las reglas no le garantiza seguridad. Existen pautas habituales y previsibles de infracción. El conductor competente se guía por las pequeñas señales de la infracción institucionalizada, sabe predecir y evitar las maniobras y zigzagueos de otros autos y colectivos, y juega las reglas del juego: posee los saberes y las destrezas necesarios para percibir y adecuar su práctica a los

²³ Marcelo Matellanes, “Capitalismo siglo XXI: la impostergable alternativa Imperio Hobbesiano o Multitud Spinozista”, *Sociedad*, núm. 15, pp. 157-158.

guiños y sutilezas que hacen posible desenvolverse en las condiciones existentes.

El espacio público, por lo menos en sus formas más obvias y tradicionales —calles y plazas— se torna hostil, dificultoso, inseguro: espacios de puja, de disputa, de circulación entre obstáculos. Progresivamente han dejado de ser espacios de comunicación, de sociabilidad, de interacción. El talante de la gente en la calle cambia: se torna desconfiado, el otro no es ya un conciudadano sino un obstáculo, alguien que obstruye el paso, que me puede robar o mendigar o que quiere vender. Retroceden las relaciones entre vecinos, la calle ya no es usada por familias que sacan su silla a la vereda, por chicos que juegan, sino que la calle, la vereda, niegan cada vez más su espacio para lo apacible, lo íntimo, lo sociable. La calle es un lugar de transacciones, de pujas, de circulación, de comercio, de compra-venta. En la calle hay que estar atento, defenderse.

Se restringen cada vez más los espacios urbanos para la sociabilidad, para la interacción, para el diálogo. La interacción, base de la acción colectiva y de la política, pierde su espacio público. Los ciudadanos no encuentran en la ciudad espacios suficientes para interactuar. La velocidad, el ruido, la hostilidad, los obstáculos, conducen a estrategias individuales para moverse en la ciudad con talante desconfiado y defensivo. La ciudad es cada vez menos un bien común, un espacio compartido, una patria. La ciudad se va volviendo ajena, y sólo podemos confiarnos, relajarnos y eventualmente ensayar alguna sociabilidad en nuestra casa o en algún oasis privado.

El *shopping* es un nuevo espacio social privatizado —una calle privada— en el que se instala una nueva sociabilidad condicionada por los mensajes del entorno, los agentes de seguridad y las insinuaciones metacomunicadas en las señales que emite el conjunto, referidas a las condiciones de ingreso y las pautas de comportamiento: no todos son bienvenidos: el *shopping* elige su público; en el *shopping* hay que consumir, si no se consume hay que circular. Confluyen la dinámica de la ciudad y, correlativamente, la de los medios de comunicación, para configurar nuevas formas de relación y de vida política. El espacio público por excelencia es hoy el espacio televisivo (y, en general, la pantalla, en la que incide progresivamente Internet) y no es casual que en él se diriman los problemas de la representación política. Surgen nuevas formas de expresión de la vida política y se van reduciendo los espacios urbanos adecuados para el encuentro y las posibilidades de participación de los ciudadanos comunes, que en su comunicación e interacción pueden construir solidaridades; que pueden elaborar propuestas creativas al reunirse, informarse, interactuar. Este proceso es paralelo a la hegemonía del mercado, a la crisis del sindicalismo, al retroceso de formas más equitativas y humanas

de organización de lo económico y de distribución de los bienes. La política tiende a transformarse en un ejercicio estadístico, la suma algebraica de voluntades aisladas. El ciudadano, se transforma en encuestado.

La ciudad actual, acaso como consecuencia de su gran tamaño, de la progresiva dependencia de sistemas expertos, de la edificación en altura, del enorme tránsito de vehículos, restringe los espacios para la interacción. Ello se agrava cuando reina la impunidad, los sistemas expertos funcionan mal y es difícil usar apaciblemente, y sin riesgo o conflicto, las plazas, las calles, las veredas. El habitante de la ciudad se refugia en su casa, desde donde se asoma a la ciudad por la ventana de la televisión. La ciudad massmediática contribuye al proceso de aislamiento.

La ciudad expulsa o la T.V. atrae. Es difícil establecer el factor prioritario, lo cierto es que la ecuación *ciudad hostil / carencia de espacios urbanos para la interacción y participación / televisión abundante*, contribuye a la tendencia a retener a la gente en sus casas y a la gestación de una nueva calidad de espacio público centrado en la pantalla.

La televisión se dirige a personas aisladas, a familias en sus casas. Pocos emisores y millones de receptores que tienen escasas posibilidades de diálogo, de respuesta. Cada vez menos espacios para la interacción. La sociedad sólo aparece como ficción estadística, como *rating*. El espacio público reaparece y se incrementa, pero en su reencarnación massmediática. Hay un espacio público virtual, frecuentado por todos, que a todos sirve: la T.V. cuida a los niños, hace soñar a adolescentes o ancianas, entretiene. Cunde la política televisiva que ha sustituido, casi por completo, a las formas de actividad política basadas en encuentros e interacciones personales. Ya no hay grandes concentraciones de personas o son cada vez más escasas. La representación política se impone ahora a través de máquinas publicitarias y se vende como un jabón. El político debe atender a su cara y a sus gestos, debe *dar bien* en la televisión, mostrar su perfil más favorable, decir frases cortas y eficaces, aprender a actuar frente a las cámaras.²⁴ Ya no hay casi acción colectiva; la televisión genera televidentes, personas pasivas y aisladas que no tienen comunicación entre sí. Aparece entonces el gran aparato de simulacros: simulacro de interacción, simulacro de política, simulacro de opinión pública. Desaparecen el ágora y la plaza pública: lo público se experimenta en privado, en el aislamiento de las casas.

Hablar de la ciudad massmediática implica reconocer, más allá de la ciudad material y visible, otra ciudad que existe como experiencia cotidiana

²⁴ Véase Beatriz Sarlo, "El audiovisual político", *Punto de Vista*, núm. 41, diciembre de 1991, pp. 18-20.

de sus habitantes. La comunicación y los flujos circulan por el éter televisivo y a medida que se va imponiendo la actual revolución técnica —que se concentra particularmente en el campo de la información y la comunicación— también la ciudad va registrando cambios, que si bien no impactan de inmediato en el plano más material y evidente, influyen sobre todo en sus usos y significados. En ese orden, y en el marco de la mundialización acelerada, derivada de la comunicación instantánea y del desarrollo de vínculos sin co-presencia cada vez más intensos que generan en el plano “virtual” una desaparición de las distancias, Paul Virilio acuña la expresión “metrópolis virtual” para referirse a la progresiva interconexión entre las ciudades del mundo, por lo menos para algunas actividades, alterando los códigos anteriores que regulaban los ritmos del tiempo y el tratamiento del espacio. Desde esta perspectiva, y para ciertas esferas —como las finanzas, las transacciones comerciales o las noticias— las ciudades, situadas en distintos continentes, serían meros “barrios” o “suburbios” de una *metaciudad mundial*.

En esta metrópolis virtual la alternancia entre el día y la noche se desvanece, una temporalidad diferente disloca en el ámbito del tiempo planetario los modos acostumbrados de regular los ritmos de actividad y descanso, históricamente articulados en función de la luz o la oscuridad: “producto de la iluminación de las telecomunicaciones, surge un sol artificial, una iluminación de emergencia, que inaugura un tiempo nuevo: el tiempo mundial”.²⁵

Conclusión

Hemos procurado presentar a la ciudad como texto, enfatizando su dimensión significativa y la diversidad de lecturas posibles. También nos hemos referido a la ciudad múltiple, a los modos distintos de vivirla y percibirla, a las variadas construcciones de realidad y de sistemas perceptivos que se suman a la multiculturalidad de nuestro tiempo. La desigualdad social se materializa en la ciudad, y en algunos aspectos ésta es más explícita que el lenguaje. Finalmente, ingresamos en el plano de la ciudad massmediática —mundo virtual superpuesto a la ciudad material— y apreciamos la velocidad de los cambios y el impacto de las tecnologías de la comunicación e información, que contribuyen a difuminar los límites y oscurecer los aspectos identificatorios, al convertirse, desde cierto ángulo, las ciudades particulares en suburbios de una única “metaciudad” virtual.

²⁵ Paul Virilio, *La bomba informática*, Madrid, Cátedra, 1999, p. 23.

Para concluir, es importante destacar que las transformaciones que la ciudad experimenta van diluyendo su condición de lugar de encuentro con los otros y de espacio de interacción y participación. Los habitantes viven y transitan en una ciudad cada vez más ajena e inaprensible y son clasificados en categorías del anonimato: “consumidor”, “contribuyente”, “respetable público”, “encuestado”. Cambia la ciudad, se trasladan las fronteras internas. Con las transformaciones en su funcionamiento varían los signos y sus significados y ante la progresiva reducción de las condiciones que tornaban a la ciudad humana y habitable, sus habitantes se enfrentan con una crisis que erosiona el ejercicio de la ciudadanía y su participación en la construcción de la cultura.

Postscriptum

Meses después de escrito el texto que antecede, los hechos ocurridos en Argentina proponen un nuevo examen de algunas de las hipótesis planteadas, sobre todo aquellas referidas a la carencia de espacios en la ciudad para la expresión y diálogo entre sus habitantes y, en general, a la crisis de la interacción en el ámbito urbano.

En la segunda quincena de diciembre de 2001 se agudizaron las expresiones de disconformidad y el gobierno nacional, que había sido democráticamente elegido hacia poco menos de dos años, se sintió obligado a renunciar. A esto siguieron soluciones políticas relativamente débiles, que emanaron del Congreso Nacional con el consenso de los gobiernos provinciales.

A partir de esa fecha, y hasta el presente (mayo de 2002), pocos meses después, fue notorio el aumento en la participación de habitantes provenientes de distintos sectores urbanos y la aparición de nuevas y variadas formas de interacción. Las calles y espacios abiertos de la ciudad, las carreteras y las plazas, se han convertido en teatro, no sólo de ruidosas expresiones de protesta, también de fuerte impugnación hacia los modos en que se desenvuelve la política y de reflexión y debate acerca de las formas de representación vigentes. Los métodos de protesta y de expresión son imaginativos y diferentes, desde marchas y piquetes (bloqueo de carreteras) sobre todo por parte de sectores populares, hasta ruidosos cacerolazos con la intervención de muchas mujeres de distintas edades y asambleas barriales deliberativas protagonizadas principalmente por sectores medios urbanos.

Los acontecimientos son demasiado cercanos para poder extraer conclusiones, pero es importante advertir que se ha producido un cambio significativo que ha sacudido la pasividad y la inacción. Grandes sectores de la

población salen a la calle, reclaman participación, impugnan y descalifican las anteriores formas de delegación y la sustitución de su soberanía. El espacio público se convierte en escenario de asambleas, tienen lugar ruidosos reclamos y marchas vibrantes, el protagonismo de los habitantes ha iniciado una nueva etapa.

Junto a estas manifestaciones, y como parte de la crisis económica y social que les ha dado origen, aparecen también nuevas formas de solidaridad y apoyo mutuo y originales modalidades de intercambio, producto de la iniciativa popular. Se destacan entre estas nuevas expresiones los *clubs de trueque*, que se han desarrollado con extraordinaria rapidez y pujanza en numerosos lugares de la ciudad y su conurbano, al igual que en ámbitos provincianos, como alternativa y desafío al claudicante mercado capitalista. Ponen en acción un ámbito de intercambio de bienes y servicios, sin ganancia, sin trabajo asalariado, sin crédito y sin burocracia y, sobre todo, al margen de la intervención del estado o de las empresas. Desde luego que estas formas precapitalistas no constituyen una solución para la situación productiva y financiera del país, pero brindan salidas dignas a las carencias de la coyuntura que mucha gente aprovecha y que permiten, para muchos, una modesta posibilidad de subsistencia.

Un eje que atraviesa esta transformación es la profunda crisis económica, acompañada de una no menos profunda crisis en la política. Buena parte de la población, defraudada y empobrecida, pone en cuestión todo aquello que poco antes connotaba autoridad, trátase de personas, de discursos o de mensajes de los medios. Quienes medían su popularidad por votos, por encuestas o por *rating*, son ahora cuestionados y estigmatizados. La crisis, el desempleo, la falta de dinero, la frustración, el sentirse engañados, defraudados y despojados, ha llevado a mucha gente a sacudir su inercia, a inventar nuevas formas de expresión, de encuentro y de protesta, a deliberar en busca de soluciones. Este es el estado en que se encuentra nuestro país y nuestra ciudad: un momento de ruptura con los antiguos ídolos, una etapa de protesta, de indignación, de búsqueda, de movilización que contrasta con la reciente pasividad. La ciudad está escribiendo un nuevo texto que todavía no estamos preparados para descifrar.

Recibido: marzo, 2002

Revisado: mayo, 2002

Correspondencia: Facultad de Ciencias Sociales/Universidad de Buenos Aires/Marcelo T. de Alvear 2230 (1122)/Buenos Aires/Argentina/correo electrónico: margulis@arnet.com.ar

Bibliografía

- Armus, Diego (comp.), *Mundo urbano y cultura popular: Estudios de Historia Social Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- Barbero, J. Martín, "Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación", *Sociedad*, núm. 5, 1994.
- Baudrillard, Jean, *Cultura y simulacro*, Barcelona, Ediciones Kairós, 1987.
- Bauman, Zygmunt, *La globalización, consecuencias humanas*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Díaz, Esther, *Buenos Aires. Una mirada filosófica*, Buenos Aires, Biblos, 2001.
- Gadamer, Hans-Georg, *El giro hermenéutico*, Madrid, Cátedra, 1998.
- García Canclini, Nestor, *Imaginario urbanos*, Buenos Aires, EUDEBA, 1997.
- Giddens, Anthony, *Las nuevas reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1987.
- Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 1998.
- Gorz, André, *Miserias del presente, riqueza de lo posible*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- Hall, Stuart, "Encoding, decoding", en S. During (ed.), *The cultural studies reader*, Londres y Nueva York, Routledge, 1993.
- Jameson, Fredric y Slavoj Žižek, *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- Liernur, Jorge F. y Graciela Silvestri, *El umbral de la metrópolis: transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993.
- Lowy, Michael, "Figuras del marxismo weberiano", *DOXA*, núm. 8, 1993.
- Ricœur, Paul, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, México, Siglo XXI, 1995.
- Sarlo, Beatriz, "Olvidar a Benjamin", *Punto de Vista*, núm. 53, noviembre, 1995.
- Scavino, Dardo, *La filosofía actual. Pensar sin certezas*, Buenos Aires, Paidós, 1999.
- Silva, Armando, "La ciudad como arte", *Dia-logos*, núm. 40, septiembre, 1994.
- Voloshinov, Valentín, *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza, 1992.
- Wacquant, Loïc, *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Buenos Aires, Manantial, 2001.
- Wieviorka, Michel, *El espacio del racismo*, Barcelona, Paidós, 1992.
- Yerushalmi et al., *Usos del olvido*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1989.